

La princesa Ciervo

Mi nombre es Aldara, soy una princesa de cuento, ahora mismo mi historia va a ser leída por enésima vez a Elena, una preciosa niña de ocho años. A ésta le encanta que cada noche, su madre, tras arrojarla en el lecho, la ofrende con la lectura de un cuento.

Sus fabulas favoritas tratan de legendarias historias de amor entre hermosas mujeres nobles y heroicis caballeros.

Yo soy una de sus protagonistas preferidas, afamada como La princesa Ciervo. Mi padre era el Señor del Castillo de Dorias, ubicado en lo más alto de una preciosa serranía. Según mi padre, Egas y yo fuimos el aliciente que le impidió morir de tristeza tras enviudar. Aunque al poco tiempo volvió a casarse con una joven que parecía ser hija suya. Mi hermano Egas, no tardó mucho tampoco en desposarse. Me convertí con tan solo quince años de edad en la soltera más codiciada del reino. Mi padre no tardó en revolucionar medio reinado en busca de un digno caballero merecedor de tomar mi mano como esposa. Organizó fiestas, bailes, torneos..., y al poco tiempo, Aras, un apuesto y joven noble de la comarca fue el intrépido caballero que logró ganarse la gracia de mi padre.

Pronto la boda fue anunciada por todo el reino.

La víspera de mi boda salí a recoger flores por la sierra para confeccionar yo misma mi ramo de novia y, justo ese día fue el que disgusté con mi desaparición a todo el feudo.

No tardaron en difundirse los rumores de que una malvada bruja me había hecho un sortilegio, por los montes fue divisado un hermoso ciervo blanco y decenas de testigos confirmaron que como princesa ciervo vagaba perdida por la serranía bajo los efectos del encantamiento.

Mi valiente prometido Aras, salió a enfrentarse con la hechicera que según las murmuraciones me había embrujado por celos.

Por supuesto, Aras me salva, y finalmente, puede celebrarse una preciosa boda en el reino. Elena, palmorea siempre de felicidad cuando su madre llega al final de la narración, después se duerme anhelando ser la protagonista del cuento. Me cae muy bien Elena, le he cogido mucho cariño, llevo formando parte de su colección de cuentos de princesas más de tres años y me apena que esta niña sienta tanta admiración por las princesas de cuento.

Un alto porcentaje de nosotras no somos más que el florero de la fabula, todas bellas, hermosas, dulces, encantadoras..., y cuando surgen los problemas..., todas a esperar que un apuesto caballero nos socorra. Después, viene la parte en la cual el matrimonio nos colma de una felicidad absoluta y eterna.

¡Pobre Elena! Pienso que debería conocer la verdad de mi historia y la de otros tantos cuentos más. Todos han sido amañados ¿Pensáis que La bella Durmiente se pinchó con el uso de una rueca

para dormir esperando a que un hombre la resucitase?, ¿o qué Blancanieves se pasó media vida sirviendo a siete enanos para después convertirse también en ama de casa? ¡No! Fuimos mujeres con motivaciones, pero no sé quién pudo cambiar nuestras historias, aunque sí comprendo con qué finalidad.

La víspera de mi boda no salí a recoger flores para confeccionar yo misma mi ramo de novia, esa fue la excusa que le dí a mi doncella, en realidad huí del castillo de Dorias. Estaba harta de ser una mujer sometida a la voluntad de mi padre y mi hermano. Ellos condicionaban todas mis preferencias, no paraban de incordiarne con que debía comportarme como una dama, incluso me llegaron a confinar en una torre del castillo durante un mes. Registraron mis aposentos y se deshicieron de todos los libros que guardaba allí a hurtadillas. No me permitían leer, me decían que no era propio de una princesa. Mi joven madrastra era aún más severa que ellos conmigo, a pesar de que como yo, era una mujer doblegada a no expresar sus inquietudes.

Nadie me apoyaba en Dorias, nadie me tomaba en serio, yo era el objeto bonito que todos querían proteger, me profesaban un amor opresivo, un afecto que pretendía anularme. Llegué a pensar que el matrimonio con Aras sería mi salvación, pero no tardé mucho en darme cuenta de que Aras terminaría también sometiéndome a sus voluntades ya que lo había elegido mi padre, y el afecto que me ofrendaba era tan avasallador como el de éste.

No temí extraviarme por los montes, ni ser atacada por cualquier bestia bien llegada la noche, prefería sufrir cualquier trágico destino a quedarme un día más en Dorias.

Escapé sin equipaje alguno, solo me acompañaba el ímpetu de poder ser yo misma, y en aquellos momentos de fuga lo era más que nunca, estaba haciendo algo por mi propia voluntad sin ser coaccionada por nadie ni por nada.

Pasé la noche a la intemperie, cobijada entre unos matorrales.

Al despertar cuando el alba, descubrí que no muy lejos de donde yo había improvisado mi lecho entre arbustos, otro joven dormitaba. Éste se desperezó sin ningún tipo de decoro, al verme se asustó, y de inmediato se puso en guardia. Desenfundó un cuchillo de caza y no dudó en amenazarme con su arma. No lo pensé dos veces, el chico parecía más joven que yo y lo desarmé de una patada. Las enaguas de seda se desgarraron bajo mis faldas al soltarle el puntapié, produciendo un sonido cómico que aplacó la situación del inesperado encuentro entre ambos.

—¿De qué andas disfrazada?—preguntó.

Decidí no contestar y continuar con mi camino, aunque no sabía dónde ir ni dónde me encontraba.

—¡Espera!, ¿no vas a dirigirme la palabra?

El chico igualó mi paso.

—Andas perdido, igual que yo—le aventuré.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo he evidenciado.

—Eres idéntica a mis hermanas Elda y Frida, parecen adivinarlo todo. Aunque ellas no se visten con tantos abalorios como tú. Es cierto que ando extraviado. Escuché que por los montes habían visto un gran ciervo blanco y quería darle caza antes de que lo hagan mis hermanas. Sería un buen festín para este invierno, también un trofeo único por el color de su pelaje.

—¿Tus hermanas cazan?

—Sí, también mi madre, y mi abuela. Aunque la abuela ya no está para esos trotes.

—¿Tu padre no es quién sale de cacería?

—A mi padre no se le da bien la caza, ¡pero es buen cocinero!, prepara unos guisos exquisitos, mejor que los de mi madre.

—A mí me encanta cocinar, pero nunca me dejan.

—¿Quiénes?

—¡Olvidalo!—exclamé.

El chico no hizo ademán de querer averiguar más, intuyó que prefería no hablar de ello.

—¿Cómo te llamas?

— Adelaida—contesté. Si había escapado de Dorias con la idea de no volver jamás, debía ponerme un nuevo nombre. Adelaida siempre me gustó.

—Yo, Doroteo. Si quieres puedo ayudarte a encontrar tu casa.

—Es gracioso—dije sonriendo—, un chico que anda perdido quiere ayudarme a encontrar mi casa.

—Pronto darán conmigo Elda y Frida, ellas conocen bien el bosque. Habrán salido ya en mi busca, por eso no estoy preocupado. Mis hermanas seguro podrán ayudarte a encontrar tu hogar.

—¡Escucha, Doroteo!—exclamé poniéndome muy seria—, no quiero encontrar mi casa, no quiero volver jamás allí ¿Lo entiendes?, me he escapado, no quiero regresar ni quiero casarme.—Al final lo solté todo sintiéndome aliviada por compartirlo con alguien. Doroteo pareció comprenderme casi al instante.

—No te preocupes, no diré nada a nadie. Entiendo que hayas escapado de casa si contra tu voluntad se te obliga a ser desposada.

De pronto, se oyó alboroto, varias aves izaron el vuelo. Se escucharon voces femeninas muy próximas a nosotros, y dos muchachas armadas con arcos y flechas procedieron de entre los matorrales.

—¡¡Doroteo!!, ¡¡al fin damos contigo!!

—Madre está muy enfadada. Te va a caer una buena por irte sin permiso.

—¡Ya tengo casi catorce años!, madre me trata como un niño.

—Para madre siempre serás su pequeño, aunque tengas veinte jijiji

—¡Además, te has echado un año de más!, ¡mentiroso! ¿Mientes por alardear delante de tu amiga? Jajajaja, ¿es qué no vas a presentárnosla?, ¡qué elegante es!

Me sentí un poco avergonzada por mis vestimentas aburguesadas, me distanciaban tanto de la manera de vestir de aquellas dos jóvenes que pensé que me rechazarían y se mofarían de mí. Pero no fue así, las chicas de inmediato se mostraron amables conmigo una vez Doroteo nos hubo presentado.

—Pues... si dices que has viajado de tan lejos... que tu abuela ha fallecido y no tienes donde ir... no creo que nuestros padres se nieguen a darte cobijo en nuestra casa, ¿verdad Elda?—Tuve que mentir, no podía revelar a nadie quien era yo en verdad. Doroteo me guardó el secreto de la fuga por el casamiento.

La familia del chico me acogió con espléndidez en su morada, eran muy humildes, pero eran gentes de noble corazón. No me negaron el amparo el tiempo que fuera necesario.

A las pocas semanas me sentí formar parte de aquel lar. Todos ellos se trataban con respeto, igualdad. Toleraban y aceptaban sus inquietudes, sus anhelos...

Una mañana, habiendo pasado tiempo ya desde que aquel hogar se había convertido en mi hogar, desperté antes que ninguno de los miembros de la familia y salí a la puerta del caserón que estaba situado a pie de monte. Me quedé embelesada admirando el bosque cuando de entre la arbolada apareció un hermoso ciervo blanco. El animal se detuvo y nos miramos, nuestras miradas expresaron la libertad que los dos sentíamos sin que nadie nos subyugara. Cuando la magia del momento se rompió y el animal hizo camino de nuevo hacia el monte, recordé a mi prometido Aras, y me eché a reír a carcajadas. Todavía no me había rescatado del encantamiento ni jamás podría hacerlo, yo misma me había liberado del sortilegio porque prefería ser libre de la tiranía como lo era el ciervo blanco.

Elena está dormida desde hace ya un rato, aunque su madre continua leyendo. Va a perderse el final que tanto la emociona. Su mamá termina de acariciarle el pelo, parece que va a dejar de leer, ha cerrado el libro.

¡Vaya, Elena, ha vuelto a despertar!, tendré que volver a escuchar el falso final de mi cuento.

— ...y Aras, tomó de la mano a la bella princesa Aldara y fueron felices por siempre...—La mamá y yo esperamos los aplausos de Elena, pero parece que se ha quedado pensativa. Va a decir algo.

—Mamá, he soñado que era la princesa Aldara convertida en ciervo.

—Muy bien cariño, pues ahora a seguir soñando, mamá quiere ir también a dormir.

—Mamá, Aldara era más feliz siendo ciervo.

—¿De verdad?, ¿cómo lo sabes?

—Porque podía correr, saltar, brincar, jugar, vivir en los montes, disfrutar de los amaneceres y perderse en las montañas...

¡Estoy llorando de emoción!, Elena al fin me conoce de verdad, acaba de descubrir a la verdadera princesa Aldara, la autentica princesa Ciervo, ¡el verídico final de mi cuento!